

VASCOS EN CUBA

William A. Douglass (coord.), *Vascos en Cuba*, Vitoria Gasteiz, Eusko Jauriaritzaren Argitalpen Zerbitzu Nagusia, 2015, 333 pp.

Mucho se ha escrito sobre la migración española a Cuba, especialmente la protagonizada por canarios y gallegos, y en menor medida, por catalanes y vascos. Diferenciación que puede entenderse si comparamos la presencia numérica de unas y otras en la isla. Probablemente ha sido sobre la de los últimos de la que menos se ha escrito, lo que los ha convertido en un colectivo menos visible. Sin embargo, la publicación de esta obra, con las diversas monografías que contiene, demuestra la importancia de la huella que dejaron los emigrantes vascos, más allá de su impacto numérico. Es una merecida reivindicación del importante lugar que ocupan en nuestra común historia. Es, además, como así queda expresado en su introducción, un sentido homenaje a Jon Bilbao, en el centenario de su nacimiento, considerado el bibliógrafo vasco más importante de todos los tiempos.

De los veinte ensayos que conforman el libro, no pocos son, según sus propios autores, un acercamiento o punto de partida de investigaciones en curso, o futuras. No obstante, destacan por la seriedad en el análisis de la documentación y bibliografía consultadas. Otro mérito de la obra es analizar la presencia vasca más allá de la ciudad de La Habana, centro político y administrativo de la isla. Dicho en otras palabras, la extensión y análisis de esa presencia en diferentes regiones y ciudades del occidente, centro y oriente insular, así como de su participación en varios sectores de la sociedad colonial y post colonial en los ámbitos de la política, la economía, la religión y la cultura. Es oportuno decir que las investigaciones se centran fundamentalmente entre el siglo XIX y las tres primeras décadas del XX. No obstante, el ensayo de Alexander Ugalde cierra el recorrido histórico exponiendo la continuidad de la presencia vasca en la isla, a través las relaciones contemporáneas entre el País Vasco y Cuba entre los últimos años del siglo XX y la actualidad.

Además de sus protagonistas encontramos muchos puntos coincidentes en los métodos de análisis empleados, como el recurso a la microhistoria, a la prosopografía y a los estudios de familia. Independientemente de ello, una de las primeras reflexiones a la que nos invitan los primeros capítulos es que Cuba constituyó un punto de partida y, en ocasiones, de referencia necesario para el despegue de carreras políticas, empresariales, bu-

rocráticas y militares de muchos de los hijos de *Euskal Herria*. Las conexiones y coincidencia de intereses económicos entre las elites cubanas y peninsulares, fortalecidas en muchas ocasiones por medio del matrimonio, permitió la obtención de títulos y la consolidación de negocios, a uno y otro lado del Atlántico. Pero también reflejaron las dicotomías internas del nacionalismo vasco frente a la gobernabilidad desde Madrid y la independencia de Cuba. Por una parte, defendieron el autogobierno político y los derechos forales, oponiéndose a la política homogeneizadora de la Restauración monárquica. Por la otra, defendieron la españolidad de la isla. Para Joseba Agirreazkuenaga el caso de los parlamentarios electos en los distritos de Vasconia es una demostración de ello.

La creación de los Tercios Vascongados para luchar en la guerra de Cuba en 1869 es otra muestra del doble patriotismo vasco/español. Óscar Álvarez hace una lectura antropológica de su participación en la guerra en defensa de los intereses de la corona ya que sirvió, más allá de los nacionalismos y los debates políticos, para visualizar entre la población de las provincias las consecuencias que generó este conflicto, muy diferentes para quienes promovieron su participación desde la retaguardia y para quienes la sufrieron en el frente. Otros autores como Haizpea Abrisketa, consideran que la participación de los vascos en la guerra de 1895 fue una consecuencia de la pérdida de los derechos forales, al mismo tiempo que una vía para recuperarlos; opina que la Diputación Provincial de Guipúzcoa es un ejemplo. En sentido general los análisis de estos tres autores coinciden en que la participación en la guerra de Cuba fue, más allá de la representación del doble patriotismo, un estímulo para el nacionalismo vasco y una estrategia para demandar mayor autogobierno para sus provincias. No obstante, los vínculos afectivos, económicos y políticos con la isla, ofrecidos por otros autores, permiten hacer una lectura diferente de la participación en la guerra.

Tal es el caso de los parlamentarios vasco-navarros radicados en Cuba, que alcanzaron gran relevancia económica. El portugalujo Manuel Calvo y Aguirre, sucesor del alavés Julián Zulueta en el Partido Español, fue uno de los principales exponentes. Juan Bosco y Jon Ander consideran que su liderazgo económico fue, más que el étnico, el que permitió aglutinar bajo una red de centros, a individuos con gran influencia social y política como Antonio López, José Baró, José Eugenio Moré, entre otros.

Mikel Urquijo aporta la visión de Cuba como vía de promoción desde el punto de vista militar y especialmente en tiempo de guerra. Para el autor, los casos que analiza confirman la estrecha relación entre el poder político-militar y el económico, lo que ofreció amplias posibilidades de enriquecimiento a no pocos militares vascos; se llegó a considerar el gobierno de la isla como un premio.

El tráfico de esclavos, incentivado por el desarrollo de la plantación azucarera es una de las empresas que mejor demuestra la oportunidad de negocio que brindó Cuba. Urko Apaolaza considera que los vascos fueron pioneros en este comercio, ya que su participación puede registrarse desde el siglo XVI, aunque muy discreta por entonces. No obstante, obtuvieron de los portugueses, algunos derechos de licencias. Posteriormente, en el siglo XVIII las noticias son más abundantes. Entre los accionistas de la Real Compañía de La Habana, fundada en 1740, figuraban vascos (Martín de Arostegui, Martín Ulibarri y

Gamboa). También vecinos donostiarras que presentaron solicitudes al Consejo de Indias para importar esclavos desde la costa de Guinea (Nicolás Guilisiasti). Pero más importante fue la participación en la Compañía Gaditana de Negros desde su fundación, como apoderados, maestros y marineros; hasta el punto de que el autor considera poder afirmarse que la primera gran empresa peninsular dedicada en exclusiva al tráfico de esclavos fue netamente vasca en sus orígenes. Tanto, entre 1789 y 1817, período de auge y legalidad de la trata, como entre 1820 y 1850, cuando fue ilegal, aunque tolerada, diversos vascos estuvieron activos, entre ellos Domingo Aldama y Julián Zulueta, los más conocidos. Además de pioneros en el tráfico negrero, la participación de los vascos fue constante y pasó de ser discreta a alcanzar una gran relevancia en el mercado mundial de la trata, especialmente a partir de la segunda mitad del siglo XVIII.

Como casi todos los procesos migratorios, la llegada de vasco-navarros a Cuba es un fenómeno asociado a la búsqueda de nuevas oportunidades, condicionado por el escenario de pobreza y guerra reinante en la península en el siglo XIX. A ello se añade que, en paralelo, a mediados del mismo siglo se desarrollaron en la isla políticas migratorias destinadas a atraer fuerza de trabajo libre, como alternativa a la esclava, lo que favoreció el éxodo de campesinos de todas las regiones y provincias españolas, incluyendo las vascas.

Asentados a lo largo de toda la geografía cubana, se incorporaron a las actividades culturales, productivas, mercantiles y financieras, contribuyendo así a impulsar la economía y la sociabilidad de los territorios de acogida y también de los de origen. Si, por un lado, su establecimiento en la isla funcionó como efecto de llamada a otros jóvenes, por otro, casi siempre estuvo presente el sentimiento y anhelo de retorno. Hilda Otero considera que el regreso fue muy positivo en muchos casos ya que, junto con la mejora económica, llevaron en el viaje de vuelta enseñanzas y nuevos saberes que sirvieron para modernizar la vida de las localidades de origen. Un ejemplo de ello fueron los Oteiza, asentados en la provincia cubana de Matanzas.

La participación en actividades claves de la economía y la política convirtió a muchos vascos en artífices de importantes proyectos. Fue el caso del donostiarra Luis Casas Aragoiri, Gobernador y capitán general de Cuba entre 1790 y 1796, bajo cuyo mandato se implementaron medidas económicas que permitieron impulsar la economía azucarera en la isla. Miliada Hernández analiza el papel desempeñado por Fermín Gorozabel, presidente de la Junta Provisional de Cienfuegos quien, aunque con mucho menor rango político que el anterior, pero con igual poder de influencia sobre sus congéneres, contribuyó a la aprobación del trazado y ejecución del ferrocarril Cienfuegos-Villa Clara, en 1848. No obstante, al igual que en el caso de Luis de las Casas, lo que contribuyó a la consolidación del proyecto del ferrocarril fue, más que el origen de Fermín, la correlación de intereses con la elite azucarera regional, de la que formó parte.

Vascos en Cuba ofrece un amplio análisis de las principales actividades por regiones en las que se estableció este colectivo en el siglo XIX y primeras décadas del XX. En Vueltabajo, la región más occidental de la isla, los colonos vascos se vincularon a la agricultura desde principios del siglo XIX, pero a diferencia de los canarios, lo hicieron en el cultivo del café, uno de los principales renglones del territorio y de la isla. Según el estudio de

Jorge Freddy, Sergio Luis y Pedro Luis, su participación más notable fue en la zona más oriental, especialmente en la región de la Sierra del Rosario donde el número de cafetales pasó del centenar. Fueron, conjuntamente con los de los colonos franceses, los de mayor importancia en la región. Por otro lado, destacaron del resto de colectivos de emigrantes en la creación de sociedades para conformar y administrar las citadas plantaciones. Los ingenios azucareros fueron otra de las actividades de la agroindustria a la que se vincularon, así como al sector del comercio.

En 1898, finalizaron abruptamente las relaciones coloniales entre España y Cuba, y se inició una nueva etapa, marcada por la intervención de Estados Unidos en la vida económica, política y sociocultural de la isla. No obstante, la perspectiva hispana se conservó, en buena medida, gracias a leyes que mantuvieron la inmigración española hasta el inicio de la crisis de 1929. En el caso específico de los vascos-navarros, el flujo migratorio disminuyó a partir de 1920. Mónica de la C. García y Maithe Sánchez consideran que esto se explica por el impulso económico de las provincias vascas, alcanzado gracias al auge de su industria. Sin embargo, los que permanecieron en Cuba se adaptaron al nuevo contexto, así como a las transformaciones y exigencias del nuevo capitalismo. Su incorporación a los sectores más pujantes de la economía en dos de las ciudades más importantes, La Habana y Santiago de Cuba, demuestran su participación en el proceso de génesis y evolución del mundo empresarial y de la burguesía cubana durante las primeras décadas del siglo XX. En el caso de La Habana, Michael Cobiella considera que entre 1901 y 1930 los vasco-navarros destacaron especialmente en el comercio (mayorista, aunque también minorista), las exportaciones e importaciones, las finanzas, la industria vinculada a la producción de bienes de consumo, fabricación y reparación de maquinarias. En Santiago de Cuba la situación no difería mucho de la habanera, ya que participaron también en la industria. No obstante, María C. Hierrezuelo opina que destacaron más en los sectores empresariales y financieros, con la creación de sociedades mercantiles vinculadas a la exportación e importación, así como a la explotación de recursos naturales y minerales.

Otro ejemplo de adaptación a las nuevas condiciones históricas lo ofrece Beñat Curburu. En su artículo dedicado a los vasco-franceses de la región de Hasparren, vinculados a las curtiembres, analiza las aportaciones de este sector en Cuba. Considera que la emigración de zapateros y curtidores a los territorios coloniales se hizo más masiva y sostenida en el siglo XIX. Una vez establecidos en Cuba, a finales de la citada centuria, emigrantes curtidores como los Genín y Cazabón, Daguerre y Laffite se dedicaron a la apertura de importantes tenerías en Caibarién, Gibara y Holguín. Como en casos anteriores el asentamiento de los primeros curtidores actuó como efecto de llamada, atrayendo a otros de varias regiones del País Vasco francés. En paralelo, las alianzas a través del matrimonio entre las importantes familias del ramo, el dominio de las técnicas tradicionales del oficio, la mecanización, la adaptación de las nuevas técnicas y el empleo de la materia prima del entorno, permitió que dichas empresas sobrevivieran al cambio de siglo. También les permitió consolidar y adaptar sus producciones a las exigencias de la moda del momento y mantenerse trabajando hasta que fueron nacionalizadas por el gobierno revolucionario en 1960.

Otro de los rasgos que *Vascos en Cuba* ha querido resaltar es la presencia de este colectivo en las órdenes religiosas y el clero, así como la relación entre la doctrina cristiana y su visión de la justicia política y social. Uno de los ejemplos expuestos es el padre Iñaki Azpiazu, quien mantuvo una postura crítica frente al franquismo, realizando reiteradas denuncias desde Argentina, México y Cuba. Acusaciones que lo convierten, según Alberto Irigoyen, en un digno representante del clero vasco, por su defensa de las libertades. Otro ejemplo se encuentra en la comunidad de franciscanos radicados en Cuba, de la que Miel Anjel ofrece un análisis a través de la revista «La Quincena». Según el autor, los artículos publicados durante los meses previos y los inmediatos al triunfo de la revolución cubana de 1959 reflejan el seguimiento que desde la orden se daba a los acontecimientos políticos. No obstante, las posiciones de su consejo editorial no fueron unánimes ya que, si bien fue mayoritario el rechazo a la dictadura de Batista y la celebración de su derrocamiento, las primeras nacionalizaciones y las numerosas condenas a muerte decretadas por el nuevo gobierno revolucionario, provocaron divisiones internas y la sustitución del padre Biain, de la dirección editorial. El posterior aumento de las críticas a la revolución, consideradas campañas contrarrevolucionarias por el gobierno, profundizó su distanciamiento respecto a la iglesia. La pastoral contra el comunismo redactada por el obispo Pérez Serantes y que rubricaron todos los obispos, lo hicieron más visible aún. Para el autor, dicha pastoral y la implicación de algunos sacerdotes españoles en el fallido intento de Bahía de Cochinos, dieron los argumentos necesarios para iniciar el desmantelamiento de las iglesias y sus instituciones, así como la expulsión de los franciscanos residentes en Cuba en 1961. Ambos autores destacan el compromiso de los sacerdotes vascos con la defensa de las libertades ante cualquier régimen terrenal, franquista o comunista. No obstante, es posible hacer una lectura mucho más crítica de la participación de los franciscanos, especialmente, en una «revolución que surgía para los humildes».

En resumen, la presencia de los vascos en Cuba si bien no fue numerosa no pudo, ni puede, pasar inadvertida por pocos estudios que se hayan realizado. Activos en todos los sectores de la sociedad insular, estuvieron presentes en debates historiográficos relacionados con el pensamiento y la cultura cubana del siglo XIX. Un exponente de estos debates fue, tal como desvela Félix J. Alfonso, José Díaz de Espada y Fernández de Landa, obispo de La Habana y hombre ilustrado. También devinieron personajes y argumentos centrales de la narrativa y la poesía, cubana y sobre Cuba, de los siglos XIX y XX, así como en el proceso mismo de creación literaria. Los ensayos del citado Félix J. Alfonso, Cecilia Arrozarena y Edorta Jiménez demuestran como la literatura se hizo eco de los estereotipos que se les atribuyen como la forma de vestir, la afición al deporte, la fidelidad, los sentimientos de permanente recuerdo y nostalgia por su Euskal Herria. Los autores, vascos o no, demuestran la admiración por estos inmigrantes, su cultura y su pueblo. Vascos como Francisco Ulacia enriquecen los estereotipos con elementos de cubanía, adquiridos en su estancia en estas tierras, mientras que los no vascos sustentan la admiración hacia este colectivo a través de las vivencias personales compartidas, como es el caso de la novela de Ernest Hemingway y la poesía de Agustín Acosta.

A modo de conclusión, *Vascos en Cuba* constituye un valioso aporte para el tema del

que se ocupa. Sin embargo, queda mucho por investigar para tener una idea más completa de la presencia y la actividad política, económica y cultural de este colectivo en la isla caribeña. Uno de los logros de esta monografía debe ser, estimular nuevas investigaciones que profundicen en los temas tratados, de manera que sirvan para demostrar, matizar o aportar una visión más crítica de las afirmaciones que en ella se hacen, según sea el caso y en especial, de aquellas que tienen que ver con el proceso de formación de la cultura y nacionalidad cubana.

Lizbeth J. Chaviano Pérez
GRIMSE